

Autor septiembre 2012
Dr. Alfredo Martínez Moreno



De estampa serena, de intachable moralidad, poseedor de una vastísima cultura universal y nacional; narrador, conferencista, académico de la lengua, miembro de varias academias de la lengua, director por casi treinta años de la Academia Salvadoreña de la Lengua; eso y más permite que el doctor Alfredo Martínez Moreno sea con justicia el autor del mes de septiembre de 2012 según el Plan Nacional de Lectura y Bibliotecas.

El Doctor Alfredo Martínez Moreno nace el 1º. de septiembre de 1923. Sus padres fueron el doctor Francisco Martínez Suárez y doña Clara Moreno Cañas de Martínez Suárez. Casado con doña Alicia Rivera López de Martínez Moreno.

Realizó sus estudios primarios en el Liceo Salvadoreño y en la Escuela Buenaventuras Corrales (Costa Rica). En 1941 se graduó de bachiller en Ciencias y Letras del Liceo Costa Rica. Entre los años 1942 a 1945 realizó sus estudios universitarios en la Drew University, Madison, New Jersey, A.B. (Cum Laude). Luego, en 1955 obtuvo el título de Doctor en Jurisprudencia y Ciencias Sociales por la Universidad de El Salvador. Además realizó estudios de economía, filosofía y letras.

El Dr. Martínez Moreno es autor de numerosos libros y publicaciones de derecho internacional, derecho de integración y derecho constitucional, también ha publicado obras literarias, históricas y humanísticas.

Obras literarias, humanísticas e históricas

- Con media toga (1986).
- Con toga y sin birrete (2002).
- Cuentos semihistóricos y legendarios (2004).
- Con toga rasgada (2007).
- Semblanzas y remembranzas (1995).
- Nuevas semblanzas y remembranzas (2007).
- Notas históricas de la diplomacia salvadoreña (2009).

Principales cargos desempeñados

- Subsecretario de Relaciones Exteriores (1957-1960).
- Subsecretario de Justicia (1957-1960).
- Ministro de Relaciones Exteriores (1967-1968).
- Presidente de la Corte Suprema de Justicia (1968-1970).
- Miembro de la Comisión de Derecho Internacional de las Naciones Unidas (Ginebra 1973-1976).
- Agente de El Salvador ante la Corte Internacional de Justicia (La Haya) en el litigio fronterizo con Honduras (1989-1992).
- Presidente del Instituto Hispano-Luso-Americano y Filipino de Derecho Internacional (2002).
- Miembro de la Comisión Nacional de Comercio Exterior (1953-1960).
- Miembro de la Comisiones Mixtas de Comercio de El Salvador con los otros países centroamericanos.
- Miembro de la Comisión Mixta El Salvador-Guatemala para regular el aprovechamiento de las aguas del Lago Güija (1956).
- Árbitro en el litigio sobre reclamaciones por la construcción del Puerto de Acajutla, nombrado por el Gobierno alemán (1961).
- Miembro de la Comisión de Límites El Salvador-Honduras.
- Experto en el litigio entre la Comisión Ejecutiva del Río Lempa (CEL) y la Nejapa Power Company (Ginebra-Suiza).
- Delegado Gubernamental a 43 conferencias internacionales.
- Delegado a 51 conferencias internacionales, en su carácter particular.
- Presidente de la Asociación de Abogados de El Salvador (1971-1972).
- Director de la Academia Salvadoreña de la Lengua, durante 37 años.
- Profesor de derecho internacional de la Universidad de El Salvador y de la Escuela de Comando y Estado Mayor.

- Presidente del Consejo Directivo de la Universidad “Dr. José Matías Delgado”.
- Director de la maestría en Derecho Internacional de la Universidad “Dr. José Matías Delgado” (1978).
- Conferenciante sobre temas jurídicos, lingüísticos y humanistas en diferentes países de América y Europa.
- Abogado corporativo y director de compañías mercantiles y de asociaciones humanitarias.

Reconocimientos recibidos

- Huésped de Honor de la Universidad de Córdoba, Argentina (2004).
- Doctor Honoris Causa en Humanidades por la Universidad Drew University (Madison, New Jersey, 1996).
- Premio Nacional al Mérito Cívico (1991).
- Hijo Meritísimo de El Salvador, designado unánimemente por la Asamblea Legislativa de El Salvador (2002).



El Dr. Alfredo Martínez Moreno junto al Dalai Lama, Salvador Samayoa y miembros del Servicio Exterior (2004). El Dr. Martínez Moreno, como representante de El Salvador, abogó por el Tíbet frente a la invasión china en 1950. Fuente: elsalvador.com.

Palabras de David Escobar Galindo sobre el autor de septiembre 2012

“Al tratar de caracterizar al doctor Martínez Moreno, la única palabra que nos parece justa y suficiente es la de humanista, esa especie tan rara en nuestra época, aun en los países culturalmente más desarrollados. Humanista por la amplitud y profundidad de sus

conocimientos. Humanista por el destello universal de su pensamiento. Humanista por su capacidad de síntesis armoniosa entre las verdades a veces arduas de la ciencia y los materiales a menudo etéreos del arte. Humanista por el sentimiento amplificador de la cultura y de sus significados perfectibles. Humanista por su fe en el destino del hombre que piensa y que sueña, aun entre las más adversas circunstancias. Y humanista por su inmensa capacidad de comprensión de lo que representa el ser humano como individuo cuya esencia merece el más alto y permanente de los respetos.

[...]

El doctor Martínez Moreno es incansable en su afán por enaltecer la cultura y por impulsar el alma nacional hacia más altos estratos de concordia creadora. Tiene, sin duda, una calidad humana excepcional, y eso lo hace ser hombre de bien y para el bien. En esta época de odios, envidias y agrias fricciones ideológicas, la figura verdaderamente paradigmática del doctor Martínez Moreno se yergue, haciendo visible, con sencillez, el aporte del sabio y la grandeza del amigo. Es, en realidad, una síntesis magnífica del hombre de estudio y del ciudadano de acción, dentro de la mejor tradición de los mejores hombres de nuestra Historia”.

Muestras de su obra

El pastor calvinista

(Relato tomado del libro *Cuentos semihistóricos y legendarios*. Primera edición. Imprenta Ricaldone, San Salvador, 2004. pp. 25-27).

El pastor protestante Jonathan Thiem se encontraba, pluma en mano, inclinado sobre un viejo escritorio en un cuarto, sin lujos ni decoraciones, al amparo de una luz mortecina, que apenas lograba dominar la oscuridad reinante. Aunque era todavía de día, los cortinajes de un color morado profundo que cubrían las ventanas, no dejaban entrar la luz al aposento de trabajo de este calvinista fervoroso, intolerante y dogmático, poseedor de una fe tan firme que rayaba en fanatismo.

Inclinado para escribir, su figura, vestida en un traje talar totalmente negro, sobre el que colgaba una tosca cruz metálica, coincidía plenamente con el entorno sombrío del oscuro recinto.

El pastor preparaba el sermón que predicaría el día siguiente y que tenía que estar a la altura de las homilias de su mentor espiritual, el reverendo Jonathan Edwards, el célebre predicador de Nueva Inglaterra, que dentro de la más estricta tradición calvinista, para demostrar la doctrina de la predestinación y la absoluta dependencia del hombre a la voluntad infalible de Dios, que de antemano determina la salvación o condenación de aquél, tronaba contra los pecados mortales y dejaba aterrorizada a la congregación al aseverar con furor que Dios lanzaría de nuevo fuego para calcinar a los que desobedecían sus sagrados mandamientos.

Su padre, que admiraba profundamente al intolerante teólogo, al grado de pedir que a él se le bautizara con el nombre de Jonathan, lo había llevado de niño a escuchar las predicaciones de su eminente homónimo, y cada vez que había oído su oratoria paranoide, se acurrucaba inconscientemente contra su progenitor temeroso de que un rayo lo fulminara en ese instante.

Al terminar sus estudios de secundaria, al igual que su mentor, el joven Thiem había obtenido una maestría en teología en la Universidad de Yale, en donde tuvo profesores de diversas tendencias evangélicas, pero la influencia de Edwards fue decisiva en su formación doctrinal. Él creía firmemente que solo la fe en las Sagradas Escrituras, y no los méritos y virtudes personales, era lo determinante para la redención, y que la salvación eterna o la eterna condenación se basaba en el soberano decreto de Dios porque el hombre carecía de libre albedrío y su destino estaba predestinado.

El sermón que estaba preparando el pastor Thiem, pretendía enfatizar que a los predestinados a la gloria eterna Dios los auxilia con medios que los hacen progresar a la santidad, y que, por lo tanto, los hombres debían adaptar su conducta a los mandamientos divinos, para no caer en las llamas del infierno pavoroso.

Con verdadero celo apostólico, Thiem había logrado atraer y reformar a un buen número de moradores de la aldea de Massachussets, quienes vivían dentro de la más rigurosa austeridad. La severidad de costumbres era tal que no se permitía a los fieles ni siquiera oír música, y algunos hasta dejaron de bañarse, para no tener que desnudarse y alejar de sí pensamientos pecaminosos. El temor de Dios no era el miedo reverencial y respetuoso que se debe tener al Creador, sino intenso pánico, casi un delirio, por las penas del infierno, que el predicador realzaba gráficamente con los truenos de su oratoria aterradora.

Terminados los conceptos fundamentales del sermón, que él agrandaría con su elocuencia impetuosa, a la mañana siguiente se colocó a la entrada de la modesta iglesia,

vacía de todo ornato, a excepción de un crucifijo de color negro, a fin de saludar fríamente, conforme a su temperamento circunspecto, un tanto abúllico, a los feligreses que llegaban prevenidos a escuchar las habituales imprecaciones de condenación eterna.

Ese día, el pastor se excedió en su verbo flamígero. Parecía un profeta apocalíptico del Viejo Testamento y no un creyente en un Dios misericordioso. Obsesionado e irritado porque un viajero en tránsito por el pueblo se había afanado en distraerse tocando el violín y que varios niños, con explicable curiosidad infantil, se habían congregado alrededor del músico, tronó desaforado indicando que llovería fuego sobre la aldea, y cual si fuera un conjuro, un hechizo mágico, en ese momento se desató una tormenta que impedía oír al fogoso clérigo.

La feligresía, con explicable angustia y una general premonición ominosa, se fue poco a poco retirando de la iglesia, sin poder despedirse del arrebatado pastor, procurando ampararse de la borrasca inesperada.

El pastor, todavía con el rostro afiebrado, se refugió en la sacristía, otro aposento yerto y oscuro, y en el momento en que él se agachaba para sentarse en una tosca silla, cayó un rayo con un estruendo tan fuerte que se oyó a grandes distancias y consumió totalmente el humilde templo.

Y cuando acongojados vecinos acudieron a socorrer al ministro evangélico, en lo que había sido la sacristía, no encontraron cadáver alguno, sino sólo un puñado de cenizas y una cruz de metal ennegrecida, que sin embargo, parecía esparcir destellos de una luz sobrenatural.

Hugo Lindo, académico modelo

(Fragmento tomado del libro *Con media toga*. Primera edición. Editorial Delgado, San Salvador, 1986 pp.113-116).

Hugo Lindo, como poeta, como amante de la música y el arte, como diplomático, jurista y narrador, como pensador que expresa su solidaridad humana y social en una obra de contenido universal, como filósofo desvelado por la idea de Dios y conturbado ante la majestad y el misterio de la muerte, como hombre de carne y hueso, con sus pasiones, sus devociones y sus angustias, ha dedicado su vida —enriquecida por la cultura— día a día, hora tras hora, minuto tras minuto a través de su estro lírico singular y de su imaginación preclara,

a dignificar a la patria y a la sociedad, convirtiéndose así en un paradigma del académico nacional.

Cuando él labra sus poemas con la técnica y el estilo de un verdadero orfebre literario, cuando su talento creador diseña una narración sorprendente, o cuando medita sobre el sentido de la vida y de la muerte, Hugo Lindo se transforma, desdobra su personalidad, se aparta de su figura corporal, de talle quijotesco, endeble y enjuto, para convertirse —como en el título de uno de sus mejores libros— en “*solo la voz*”, que es decir, en espíritu, en plenitud, para lanzar un mensaje de belleza de proyección ecuménica.

En alguna ocasión, al referirse a la obra de un digno colega suyo, nuestro poeta dijo que estaba en capacidad de afirmar, “sin temor a los peligros que entraña la profecía, que, andando los siglos, cuando históricamente no quede ni el eco de las vocinglerías de ahora, la voz de Escobar Galindo se escuchará como hoy... se escuchará”.

No se requiere ser profeta tampoco para saber a ciencia cierta que el mensaje trascendente de Hugo Lindo, que tiene a veces atisbos de ritos órficos o de la pitagórica música de las esferas, y otras de imprecaciones bíblicas contra la injusticia, influencias de cantos homéricos y de églogas virgilianas, que profundiza tanto en el misterio eucarístico como en el esoterismo hindú, que se enciende de amor por la naturaleza y persigue la concreción de la belleza, que se caracteriza tanto por la concreción formal —palabras convertidas en arpegios— como por la hondura de sentimientos y de pensamientos, andando los siglos, cuando la escoria y los desechos del carbono impuro de la literatura contemporánea se hayan eliminado por el tamiz del tiempo, y quede solo el sedimento cristalino del diamante literario en toda su luminosidad, el mensaje de Hugo Lindo sobrevivirá y perdurará, nítido y complejo, se apreciará y se escuchará más que hoy, por ser un mensaje de luz, de armonía y de esperanza.